

(Transcripción)

Stuttgart, 6 de mayo del 2004

El papel de los Movimientos espirituales

Tema de Chiara Lubich a un congreso de responsables de Movimientos y Comunidades de Iglesias cristianas

Queridísimos hermanos y hermanas, en este importante Congreso, al que me es muy grato participar, hoy tengo la misión de hablar de la función y de la comunión de los Movimientos espirituales, mi compromiso para realizarla y la esperanza que tengo en ella. Los Movimientos fueron considerados, por quien tiene autoridad sobre ellos, como un gran recurso espiritual y "motivo de esperanza" para la Iglesia y para la humanidad¹, es más como "uno de los dones del Espíritu para nuestro tiempo."²

¿Pero en qué consisten estas nuevas realidades? Aquí hablo sobre todo de la experiencia de la Iglesia católica, pero sin duda esto vale, según sus tradiciones, para las otras Iglesias.

Los movimientos eclesiales y las Nuevas Comunidades nacen en su mayoría por una personalidad carismática que los guía y se sienten llamados a vivir con autenticidad y radicalidad el Evangelio. En ellos el Espíritu, "distribuyendo a cada uno sus dones como él quiere" (1 Corintios 12,11), abre nuevas formas de satisfacer las necesidades de la época. Los Movimientos, aunque siempre están encaminados al bien común, según las palabras de San Pablo: "A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (1 Cor 12,7), tienen, por lo tanto, líneas diferentes y nuevas posibilidades de ofrecer a la Iglesia y al mundo muchos dones preciosos. Por supuesto, no sólo están presentes en este momento, han existido siempre, de vez en cuando, desde cuando nació el cristianismo, y es por una razón.

Los primeros cristianos vivían auténticamente pero, con el paso de los años, debido a la influencia del entorno, no todos los bautizados eran coherentes con su fe, y entonces languideció y se debilitó el cristianismo y surgió la necesidad, por así decir, que el Espíritu Santo inspirase en la Iglesia nuevas corrientes espirituales, como fueron en el primer milenio, por ejemplo, las de Basilio, de Agustín, de Benito; y muchas otras, después, durante el segundo milenio.

Florecieron así, a través de los siglos, por obra de los nuevos carismas, muchas familias espirituales, cada una de ellas es expresión, o bien de una Palabra de Jesús o de un hecho de su vida o de un dolor suyo o de otra cosa. ¿Cómo no recordar a Francisco de Asís y a sus discípulos, que reflejando con su vida la Palabra evangélica: "Beatos los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5,3)? ¿O a Teresa de Lisieux y a sus seguidores, que personifican la Palabra: "Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt 18,3). Vicente de Paúl, Teresa de Calcuta y muchos otros de diferentes Iglesias como, por ejemplo, Friedrich von Bodelschwingh, con su obra de caridad de Bethel, eran y son manifestaciones de amor concreto de Jesús por los pobres y el sufrimiento.

Nosotros hemos llegado más tarde y deseamos continuar esta maravillosa "encarnación" del Evangelio. Pero hay más. En la actualidad, el Espíritu Santo está dirigiendo a los nuevos Movimientos una llamada posterior: la de una más profunda comunión entre ellos, y esto en línea con lo que sucede en el mundo. De hecho, a pesar de que en nuestro planeta hoy en día persisten las guerras, la violencia, la

¹ Homilía de la Vigilia de Pentecostés, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XIX/1 (1996), p.1373.

² ID.

inestabilidad y el terrorismo, no podemos no decir que nos estamos moviendo hacia la unidad. La unidad es un signo de los tiempos, lo dice, en el mundo espiritual y religioso, el empuje que las Iglesias advierten hacia la plena y visible unidad después de siglos de indiferencia y de lucha; lo dice el Concilio Vaticano II, que a menudo volvió sobre esta idea; lo afirma el Consejo Ecuménico de las Iglesias.

En el mundo político lo dicen los Estados europeos, que se han unido, como otros en África y en América Latina; lo dicen organizaciones internacionales como la ONU.

De una manera similar se produce entre los Movimientos: también ellos llamados a la comunión; y yo soy testigo de ello, y con la gracia de Dios, un poco he contribuido.

Primero empezamos con la Comunidad de San Egidio y la Renovación en el Espíritu italiana, en 1998, cuando la Iglesia Católica estaba esperando esta comunión. Le dije al Papa, Juan Pablo II, mi voluntad de colaborar, impulsada y facilitada por el carisma de la unidad, típico de los Focolares. Actualmente los Movimientos y las Nuevas Comunidades católicas que están en contacto entre sí son unos 220.

No me costó comprender más tarde que el Espíritu Santo quería que ampliásemos la comunión también a las órdenes religiosas, como los franciscanos y los benedictinos, por ejemplo, nacidos a lo largo de los siglos, y lo hicimos con alegría y enriquecimiento mutuo. A continuación, nos pusimos en comunión con las Asociaciones, a veces importantes, como la Acción Católica.

¿Y cuál es el resultado de todo este camino? Grande e imprevisto. Es necesario pensar que en la Iglesia existe un aspecto institucional, representado por la jerarquía eclesiástica, pero existe también, y ha existido siempre, un aspecto carismático. Actualmente, el Papa hace especial hincapié en él porque lo ve como coesencial con el aspecto institucional y en comunión con él.

Pues bien, la comunión que se establece entre todos estos Movimientos y Nuevas Comunidades en la Iglesia católica ha podido demostrar la potencia del aspecto carismático de la Iglesia, y lo hizo en cerca de 250 Jornadas con la presencia y la bendición de los respectivos obispos. A través de ellas hemos podido entender que, si se continúa en esta comunión y se extiende, el pueblo de Dios llegará a ser más uno, más carismático, más dinámico, pero también más familiar y más mariano.

Pero no todo terminó allí referente a la comunión. O más bien, tuvimos la impresión de que el Espíritu Santo abría nuevas posibilidades todavía. De hecho, cuando nos enteramos de que los Movimientos y grupos evangélicos, cada uno con su propia identidad, se encontraban entre ellos desde hacía unas décadas, y ahora habían pedido entrar en contacto con nosotros, no parecía entender que se podía ampliar la comunión también con ellos. Y en los últimos años se está en contacto con ellos. Es una comunión que incluía, poco después, los grupos de cristianos anglicanos, ortodoxos, etc.

¿Los efectos? Ya veremos uno durante estos días aquí en el Congreso y luego en la Jornada: "Juntos por Europa".

Estoy segura de que si Cristo está entre nosotros, porque nos amamos, nuestro común testimonio cristiano en el mundo, y especialmente en Europa, brillará con una belleza especial, muy atractiva, con una nueva fuerza y potencia. Por lo tanto, ayudará a que mejore incluso el mundo civil: una "ciudad terrenal" más acorde con la "ciudad celestial".

Además, Jesús no ha pensado o deseado menos cuando nos dice que oremos al Padre así: "Que se haga tu voluntad como en el Cielo así en la tierra" (Mt 6,10) (Aplausos)